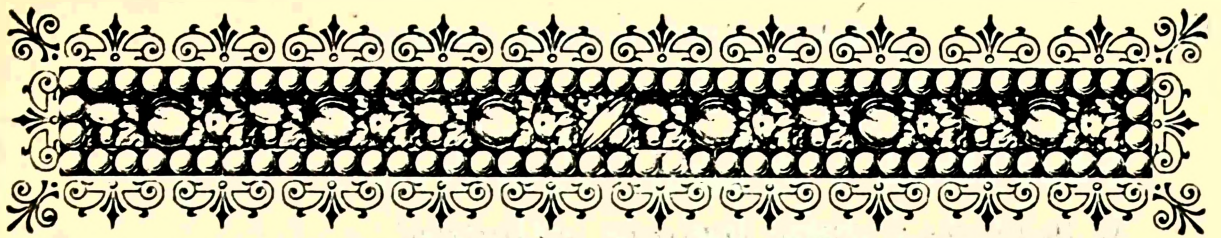


ABELARDO MONCAYO.

LA SOLEDAD DEL CAMPO.

~~~~~  
Dedicada, en prueba de especial  
cariño, á la amable poetisa doña

**Mercedes G. de Moscoso**  
~~~~~

LA SOLEDAD DEL CAMPO

CONTEMPLACION

I

Soledad, soledad, dulce refugio
Del alma fatigada! Cual un niño,
Que largo día abandonado, al seno
De su madre se arroja; á tu regazo,
Así me acojo yo: tan apacible
Muestras aquí tu maternal sonrisa
Y tan serena tu beldad esplende,
Que al par lloroso y de placer riendo
Beso tu augusta faz.—Este horizonte,
De lo infinito abreviación; la vida
Palpitante doquier; naturaleza,
Como extasiada ante su Autor; y el vago
Himno solemne de la tierra al cielo. . . .
Oh momento inefable, en que las alas
El alma tiende audaz; y en misteriosas
Regiones penetrando, su miseria

Fácil olvida, y su grandor primero
Que en su éxtasis recobra se figura!

Qué inmensidad, que esplendidez! Ni leve
Nube empaña la esfera: majestuoso
El Sol, bañando en luz todo el espacio,
Sube al cenit: del ponto sin riberas
Es el gigante Leviatán que excelso
Hiende la azul llanura; los abismos
Rugen en torno de él, mas, impasible
El rumbo sin torcer, rastro no deja
Allá en la tersa superficie, y solo,
Cual rey campea de los cielos. !Oh, Astro,
Vida y placer del orbe, peregrina
Sonrisa del Señor! ¿De tus hogueras
Algo hay en nuestro sér que, al contemplarte,
Pasmo somos y amor?—No sin justicia,
El morador primero de esta zona
En tí su Padre vió, y en tí el supremo
Principio y fin de cuanto existe, ¿Cabe,
Para el que ignorà al Sol de otras esferas,
Hermosura mayor que tu hermosura?

Y esos montes azules! las montañas
No tienen una voz? Y á su regazo,
En su belleza al abismarme, siempre
Atraído me siento: el sutil velo,
Que más primor á sus contornos presta,
Al robusto pensar, á la plegaria
Y al misterio convida; entre sus sombras
Imaginamos otro mundo, el nido
De paz y libertad; ellas, heraldos
De lo alto nos parecen; y qué anhelo

De coronar sus argentadas cimas,
De respirar su aliento! Ah, de los montes
Sagrado es el ambiente! que con ellos
El alma se agiganta, que á sus ojos
Otro horizonte se abre, que la tierra
Nuestra no es ya, pensamos; y arrobado
Cuál entonces el hombre resplandece!
Tocar del cielo el pabellón, el beso
Sentir de lo infinito, y una nota
Oír quizá de otra región, más cerca
De Dios acaso no nos ponen? Oh Andes,
De su planta, en vosotros, los vestigios
Siempre adoré: por eso vuestras frentes
Dignos cimborios son, que el gran cimborio
De su templo sustentan soberano!

Ni un canto, ni una voz: aun el aliento
Que oigo diría de la tierra!—Grave
Pace el toro en el prado, ó silencioso,
Cual si también pensara, en torno mira
Y la cerviz sacude. En fresca sombra
La frente apoya en el desnudo brazo
Indolente pastor, y de este valle
Creyendo aun suyos los primores, rico
Quizá y dichoso se imagina. Lenta
La yunta allá del acabado surco
Gira á derecha y otro surco vuelve
Humeando á romper; mientras risueño
Ve el labrador, por la pendiente opuesta
Que para el cuerpo tráele su esposa
Sabroso pan, y de ella y de su hijuelo
Una dulce sonrisa para el alma.
Felicidad, felicidad . . . eterna

Sombra que en vano el corazón persigue!
 Si alguna vez reposas ¿del labriego
 Prefieres la cabaña, ó el palacio
 De opulento señor? de tus favores
 Goza más bien el rústico ignorante
 Que el fatigado sabio? ó fementida
 Quimera del mortal ¿siempre lloroso
 Sólo aire ha de abrazar, cuando soñando
 Que en tu regazo duerma, se despierta,
 Y cierto sólo el infortunio palpa?

El *Oyambaro* ved: allí de sangre
 Rastro no hallais, ni del cañón odioso
 La voz sus ecos espantó: indolente
 Por eso acaso el hombre esa llanura,
 Hasta ignorando su valor recorre.
 Rara soberbia del mortal! gigante
 Se figura talvez; y siempre niño
 En sus juicios le veis: de un vano estruendo
 Más pagado á menudo, á olvido infame
 Sus más grandes conquistas encomienda.
 El *Oyambaro*, *Tarqui*, *Caraburo*,
 Cuánta grandeza y qué tesón aclaman
 Estas sencillas notas! y aun sus nombres
 No pocos sabios, á su modo, ignoran.
 ¿Quién Waterloo, con indecible mezcla
 De asombro no repite y de quebranto,
 Al evocar la colosal batalla
 Del obcecado Cíclope?Y más grande
 En tanto, aquí, del hombre centellea
 El divino pensar; aquí, más honda
 Brilla de Dios la huella soberana
 En el humano espíritu ¿El arcano

De tu sistema, oh Sol, en esta zona,
No te arrancó la Ciencia? Condamín,
Ulloa . . . Boussingault . . . ínclito Caldas . . .
Humbolt y Reiss . . . dejadme que rendido
Vuestras huellas acate! . . . Galileo,
Y Copérnico y Képler ¿orgullosos
No os volvieron la faz, cuando en sus tumbas
El lauro *decisivo* depusísteis? . . .

Humbolt y Bonaparte . . . enlace extraño,
Del pensamiento al divagar: el día
Uncido con la noche; el torbellino
Con la honda calma, el trueno con la aurora
En abrazo no ruin! . . . La mensajera
De paz, y dicha, y libertad; la amable
Hija de la virtud que lentamente
Viene robando inagotable lumbre
De la excelsa morada, en Paraíso
Para trocar esta mansión de duelo;
Llámase Ciencia, el esplendor la viste
Y en qué raudal el bien de ella dimana!
Mas de la Guerra? . . . la orfandad, el hambre,
Hondos dolores, destrucción—la muerte
En forma tan cruel! —Y ambas, en tanto,
De nuestra raza pulidoras, ambas
Obreras del progreso, y centinelas
Del derecho celosas. Si la vida
Es guerra sólo y sin cuartel,—la Ciencia
También e; lucha; y de ambas la aureóla
Del hombre, en su destierro condenado
A levantar sobre sangrientas ruinas
De la beldad el peregrino templo.
Humbolt y Bonaparte, augustas faces

Del medallón humano, si el perenne,—
Combate del derecho con la fuerza,
Fuente ha de ser del terrenal progreso.
E inexplicable la existencia? . . . en tanto
Que la ignorancia duerma en densa noche,
Y un pueblo entre cadenas se debata,
A la lid, á la lid, nobles obreros,
Por luz y libertad para el hermano!

Oh prodigio, mirad! Naturaleza,
Sublime artista, la envidiable palma
Nunca al hombre cedió, cuando labrando
A su capricho sus arreos, quiere
Cautivar ó aturdir. Como gemelas
En dos cascadas, atronante río,
De un mismo punto, rauda se desgalfa,
Con qué belleza y variedad. El uno
Salto es en arco, rudo, impetuoso,
Como el de una alma varonil, que airada
Ruge ó herida de despecho; la otra,
La cascadita, idilio cristalino,
Entre cantares baja en gradería,
Con tan gracioso y mesurado paso
Que melindrosa la diríais: perlas,
Perlas toda ella y femeniles formas
'Que llora aquí parece, que allá ríe;
Pero risas y lloros confundiendo
En carcajada interminable, vuela,
Con su gemelo en vórtice profundo,
Su caudal á mezclar.—¿Es una misma
De las aguas la voz? . . . De un manso río
Todas las tardes en la orilla, absorto
Un acento escuchaba, que del cielo

Tomaba yo por sacra melodía.
Qué labios la entonaban, y qué mano
Estrechaba la mía!de ese río
La voz, aun muerto, distinguiera! Excusa,
Pobre randal, si mudas tus querellas
Halla mi corazón, aunque extasiado
De tu doble beldad en los hechizos.

La tórtola arrulló: su triste arpegio
Es un alerta al corazón; qué instantes,
Allá, como entre sueños, confundidos,
En mi memoria su gemir despierta!
Dormid, dormid, de amores infantiles
Rosadas ilusiones! la portada
Dorásteis de mi vida; mas en dónde
Vuestro fulgor ahora? y una dicha,
Difunta ya, quebranto más profundo
No nos vuelve el recuerdo?—Grave, sordo
Comienza el viento á esperezarse: en ayes
Rompe la selva, sus lozanas copas
Mecidas al sentir y arrebatada
Su ojarasca doquier. Estos encantos,
Estas iras ansié. Límpido cielo,
Sombras, arroyos, sollozantes bosques,
¿No una lengua tenéis más elocuente,
No más suaves acordes que el helado
Y bronco vocear de las ciudades,
Do aturdido el espíritu, anheloso
Alienta apenas, é infeliz se ahoga?
Aquí brilla la fé; de la esperanza
Se aviva la sonrisa; en celestiales
Visiones el amor, cómo acendrado
Arrecia y se dilata; la amargura
De herido corazón, á este sabroso

Fragante ambiente se disipa; el alma
Aquí más libre, de su impura carcel
Burla los hierros, y al olvido dando
El hombre y su heladez, el alto cielo
Arde en más ansia de tocar. . . . más grande
De Dios aquí la majestad fulgura!
Ah, déjame! En afectos empapado
A cual más ardoroso, de mis plantas
Siento la tierra huir. Oh Dios! sed, hambre
De amor cual nunca tengo: una gotilla
De tu inexhausta fuente á este abrasado
Labio me negarás? Cómo anhelante
Suspira el corazón, á este silencio
Con que natura, sorda á todo grito,
De nuestro afán burlándose, responde!
Madre tú no eres del mortal? y muda
Te hallan su gozo y su dolor. Si alientas
De Dios al soplo, cual de madre alterne
Tu voz alguna vez con nuestros ayes.

II

Rojiza lumbre el Sol, cual de un anciano
La afectuosa sonrisa, al ocultarse
Tras el Pichincha, arroja: es á la tierra
El cariñoso adiós! Trémulo, empero,
Párase, ensancha su soberbio disco,
Finge un incendio en gigantesca fragua,
Y en la tierra las sombras agrandando,
Con qué cambiantes el inmenso cielo
Baña de ópalo y oro.—En tanto, audaces
Le cercan ya sutiles nubecillas,
Y allá y aquí agrupándose, á su trono

Avanzan más y más, ó caprichosas
En vistoso desórden se escarmenan.
Desórden? . . . ved! monstruosas alimañas
Altos castillos, pórticos, palacios,
En cuadro inimitable, de colores
Cambiando y formas sin cesar, el alma
No nos embeben, de inefable asombro
En éxtasis dulcísimo?—En los Andes,
Pálidas ya las nubes, apiñadas,
Nuevos montes simulan, nueva hueste
En son de guerra contra el arduo cielo. . . .
Del Cotopaxi al plácido Imbabura
Y del Pichincha al Antisana, libres
Vagan mis ojos, cual en mar inmensa
De purpurina ó de violácea lumbre.
Ante esta vasta, pasmada hechura,
Y en esta augusta soledad, ah! dime
Qué eres alma mía? . . . tus ensueños,
Tus empresas qué son, qué tus dolores? . .

Cuando á esta zona, oh Dios, vuelves los ojos
Y ves de Julio una serena tarde,
¿No te complaces, dí, no te sonries
De tu excelso poder? Si, de natura
Es tuya la beldad, y también tuyo
Es el hombre, Señor! mas por qué sombras
Tantas en su alma aglomeraste, é inerme
Víctima es siempre del dolor. . . . ¡Tan bello
Ese tu cielo, oh Dios, y tan mezquina
Tu imagen en la tierra!

Fatigado

Se hunde ya el sol, y en más creciente sombra
La llanura se pierde. En los rediles

Ya los ganados silenciosos rumian;
En azul espiral, de las cabañas
Asciende el humo, que al rapaz consuela
Y también al viajero, que descanso
Anhela y pan para el marchito cuerpo.
Ya el canto de las aves, gemebundo,
Flébil se escucha, cual si al sol que muere
Lastimeras llorasen; ya el labriego
Vuelve empolvado á su tranquila choza.
Indecible emoción! no de la tierra
El ambiente respiro: de otros mundos
Sueño en la ansiada paz, de otra existencia
Columbro una región. . . . Que el denso velo
Del *más allá* romper dado nos fuese,
Cuando acallada la materia, el alma
Sólo por lo alto y lo invisible llora!
¿Visteis tal vez en un oscuro templo,
Los cirios al morir, cómo cargada
De sollozos y preces la alba nube
De incienso, escarmenándose, se eleva,
Al tierno són del eco, que el suspiro
Del órgano repite gemebundo?
Así el alma en el campo, más solemne
Mudo santuario del Señor, cargada
De cuántas dudas y hórridas congojas,—
El mundo al reposar, á la indecisa
Claridad del crepúsculo—del cielo
Busca ardiente el camino; y cual la nube,
Ay, en su estéril ascensión desmaya!
Santa ilusión del humanal orgullo,
Sed de verdad y de lo eterno en tanto
Que ésta del hombre en las entrañas arda,
No es mezquina de Dios la noble imagen:

En sus transportes, vedla, en su mirada
La luz brillando está que la ha informado.

Horrible batallar! . . . ¿para tus hombros,
Mísera humanidad, de tu destino
Superior no es el peso? . . . Estos eclipses
Del amor y la fé; tantos quebrantos
De la esperanza y la entereza; la hosca
Decepción á tu lado; el desaliento
En las eternas, tenebrosas noches,
Que del infierno la amargura vierten;
Tu misma veleidad; la insana guerra
Con tus propios hermanos; el fastidio,
El hondo tedio tras el goce; la ira
Al ver que es siempre una impalpable sombra
La dicha apetecida; el atractivo
Del bien, y siempre esclava miserable
Del detestado mal ¡y destinada
A revestirte de esplendor, perfecta
A ser quizás! Y el grito es *adelante!!*
Aquí caes y allá; cuánta ignominia
A menudo te cubre; tu sendero
Charcas de sangre marcan y la palma
Ganando empero vas, y al fin tus sienes
Ostentarán la singular aureóla!

Ya densa oscuridad; en su regazo
Reposa el mundo: apenas se souríe
En el cielo la noche; es la solemne
Hora sagrada de oración. El trueno,
De Dios aclama el poderío; el alba,
Su gloria y su beldad; más de la noche
Esta calma y silencio, esos luceros

En el tupido azul, y este rocío,
Que al hombre y su planeta vivifica,
Amor no gritan y oración? . . . De hinojos,
Aun sin sentirlo, el alma se prosterna:
Orad! las sombras, aunque mudas, cantan;
Orad! la tierra, en su quietud, suspira;
Y del río el sollozo, y de los bosques
La plañidera voz, *orad!* murmuran.
Al ave no le oís? allá, perdido,
Echa un gorgceo, y bajo el ala vuelve
El picuelo á esconder; mientras los astros
Siguen orando en silencioso acorde.
¿Y humano habrá que al rayo tembloroso
Del alba luna, á su pesar, no sienta
Llorando el corazón? . . . De los recuerdos
Lumbrera fiel, es ella la que amante
A nuestros brazos al ausente vuelve;
Ella, quien melancólica, en su rostro
Aun del que fué la imágen ilumina;
Y ella es la que el pasado de los negros
Matices despojando, todo él rosas
Nos lo devuelve, del actual fastidio
Para solaz ó encono. Ante la luna
Por eso el labio, aun inconsciente, arcanas
Voces murmura ó lúgubres suspiros,
Que alivio dan al oprimido pecho!

Mas, ay gran Dios! el corazón vacío
Orar no puede: noche y amargura
Mis horas son, y mis ensueños todos;
Cual esas nubes que en el cielo vuelan,
Unos tras otros se han deshecho. El rayo
De la esperanza, qué indeciso! En dónde,

Dónde tu mano? . . . la virtud hollada
Y el triunfo siempre del protervo ¿acaso
Aquí proclaman tu justicia? de ella
Nunca dudé; mas de esperar su lumbre
Ya marchitos, Señor, giran mis ojos!

De la montaña en el declivio opuesto
Puse ya el pié: sudores, agonías,
Hame costado la ascensión: ¿abrojos
No es ella toda y espinar?—la cumbre
Tocando estoy, y qué árida! el descenso
Debe de ser más enojoso . . . Nieblas,
Miseria y vanidad, negro resumen
De la humana existencia! Empero, estuvo
En mi mano escoger? Otros su estrella
O sus hados quiméricos maldigan;
Yo atrás los ojos vuelvo, y con ternura,
—No sin que el lloro mis pupilas ciegue,
Pero sin ansia ni despecho, —mustio
De la edad más risueña me despido.
Si eternidades de aflicción y duda,
Si congojas sin fin, en honda copa,
Delirante apuré . . . también de gozo,
De luz celeste, qué horas! y su paso
Marcan ellas con fuego.— Y del derecho
Soldado soy: con él triunfe ó sucumba,
Qué galardón mejor que el dulce nectar,
El paladeo del deber cumplido?

Soledad, soledad! . . . no es del humano,
Ni en tu lecho de rosas, largo tiempo
Tu aliento respirar: tu peso enorme
El corazón fatiga; y de tus sombras

Invadido al sentirse, hórrido asombro
Le encoje y amilana: lo infinito
En tí se aspira, oh Soledad! lo palpo,
Sólo Dios ó el amor pueden llenarte!

Abelardo Moncayo

